

EL CHORRO DE ARENA

Por
Shanti DE OARSO



El andamiaje que hace unas semanas montaron en la portada de la iglesia de la Asunción—iglesia matriz y única en Rentería hasta hace pocos años—soprendió a todos los que pasaban por la plaza. Los primeros que supieron el fin de tanta lona y tubo metálico debieron ser los jubilados, minuciosos observadores del menor cambio físico que experimenta el pueblo. «Dicen que van a limpiar la piedra de la iglesia» «¡Y con un chorro de arena!»

Y así ha sido. Gracias a la arena catapultada contra el poso oscuro de los años, la portada de la Asunción ha vuelto a nacer. No sé si nos damos exacta cuenta de lo que esto representa. Por de pronto, somos la actual generación de renterianos la segunda o tercera que ha visto así a su iglesia. Con seguridad que no fueron más de dos las generaciones que pudieron apreciarla natural, con el tono y la calidad que iba saliendo de los tallistas. Pronto la humedad y más tarde el polvo y el humo la ennegrecieron de arriba abajo.

Fue Malreaux quien un buen día—con una lucidez y oportunidad muy francesas—mandó limpiar los edificios más representativos de París. Pero en ningún sitio como en *Notre-Dame* se ve el acierto de su discutida idea. La *Notre-Dame* negra de hace unos años, se asociaba fácilmente a los pardos uniformes nazis hinchados de orgullo conquistador o a harapientos quasimodos señores de gárgolas y campanarios. El efecto que causa *Notre-Dame* hoy es otro. Su gótico nunca ha sido más etéreo, sus arbotantes más inverosímiles, su proporcionalidad más milimetrada. Hasta la isla de *La Cité* en la que está anclada parece flotar más ligera sobre el

Sena. Dudo también en que el turista que visita hoy París se dé cuenta de lo que representa poder ver *Notre-Dame* tal como la levantaron los templarios hace siete siglos, con la misma blancura que hizo de ellos unos iluminados. Creo que fue Louis Veuillot quien pedía a Dios le dejara disfrutar en el cielo de aquellas grandes y viejas catedrales blancas francesas que él sólo las pudo imaginar.

Pues bien, algo de esto, y en tono menor, ha pasado en Rentería. Está sucediendo que, casi inconscientemente, sentimos hoy la necesidad de volver al principio de las cosas, como si tratáramos de encontrar la pureza e ingenuidad de muchos continentes y contenidos de esta vida. Quizá sea esta búsqueda de diafanidad lo que mejor define a la humanidad actual, como en otras épocas fueron sus intentos por difuminarlo, oscurecerlo o ensuciarlo todo.

Es curioso que en este movimiento de volver a los orígenes—incluso físicamente, arrasando todo lo que la resaca del tiempo ha arrastrado hasta nosotros—las iglesias vayan en cabeza. Sin pensarlo demasiado, hoy se abate y se destroza casi todo lo que estorba. Todavía no estamos lo suficientemente civilizados como para guardarlo en un gran trastero por si lo consideran de utilidad nuestros sucesores. No nos damos cuenta de que estamos tan inmersos en la marea como lo estuvieron en la suya los que hoy denostamos. Y es muy posible que lleguen siglos—de no romperse la ciclicidad de la Historia, lo que todavía nunca ha sucedido—en que se nos acuse de iconoclastas y de vandalismo, cuando en el eterno binomio pese más el adjetivo difuso que el diáfano.

La misteriosa educación entre fondo y forma—el gran y ya tópico problema del Arte—que hace que ante situaciones íntimas nuevas el hombre se comporte y se rodee de cosas distintas a las de las situaciones precedentes, pienso que puede plantearse también a la inversa. Es decir, convendría estudiar la influencia de la circunstancia en el hombre, de lo perceptible en lo imperceptible, en una palabra, saber si el órgano crea la función, lo contrario del principio comúnmente admitido en biología de que la función crea el órgano. Todas estas elucubraciones vienen a cuento ante una pregunta que me he hecho muchas veces. Si una gran mayoría de nosotros desde que tuvo uso de razón ha pasado semanalmente por una iglesia, ¿hasta qué punto pueden influir las características arquitectónicas, luminosas, sonoras, etc., de ésta en el niño, poroso siempre a todas las sensaciones?

Concretando, ¿puede crecer con el mismo talante un niño enfrentado en los largos sermones a un altar mayor barroco, sinuoso, deforme, con grandes espacios oscuros, a otro que se aburre ante uno neoclásico, simple, proporcionado, homogéneo? No sé si nos hemos parado a pensar en la suerte que hemos tenido los renterianos al bostezar en «la doctrina» ante un altar tan compensado y tan armonioso como es el nuestro. Diseñado por Ventura Rodríguez, su grandiosidad es lo primero que llama la atención. Junto a las magníficas columnas de mármol rojo local y los paños laterales de dibujo muy sencillo y leve, nos encontramos con una Asunción retorcida, con tal corte de angelitos que se desbordan incluso del marco que los envuelve. Es, pues, un conjunto estupendo que conjuga perfectamente dos estilos y concepciones distintos.

Es quizá en esta conjugación de estilos y técnicas arquitectónicas en donde está el secreto de la singularidad y de la unidad de la iglesia de Rentería. No es nada excepcional, pero tiene una solidez, una facha, una pequeña grandiosidad magníficas. Y es precisamente esto—independientemente de lo que uno sea o en lo que uno crea—lo que debemos sentir y luego conservar todos nosotros: el espíritu abierto con que se concibió un altar mayor, la valentía con que se levantaron unas columnas y que al encontrarse con poco dinero, se prefirió continuarlas para arriba que hacerlas más chatas pero adornadas, en fin, el saber darse el pequeño lujo de una bóveda como la que tenemos. En todo esto y en otros mil detalles está su singularidad. Singularidad que hace a las iglesias góticas—en las que el hombre pudo por primera vez entrar de pie para postrarse después si era su deseo—ser siempre modernas y funcionales, al socaire de concilios y reformas litúrgicas.

Pero volvamos al chorro de arena. Un hermetista se sentiría feliz jugando con los símbolos de la piedra—el sílice, que es la arena—capaz de purificar a la Piedra—la Gran Obra—y volverla Piedra viva. Lo impuro, que purifica lo que fue puro. Lo grande, que necesita de lo pequeño—que nada comprende—para recuperar su grandeza... Las ideas irían saliendo entrelazadas, como las cerezas.

Saquemos nosotros también la última de este cesto llamado parroquia de la Asunción de Rentería. Cuando Juan XXIII, siendo cardenal Roncalli, visitó nuestra parroquia en uno de los días que pasó en Pasajes San Juan, dijo al marcharse: «Tienen ustedes una pequeña catedral.» Y lo decía un italiano que además había sido nuncio en Francia, el país de las catedrales.